

Domingo V de Pascua Ciclo B



28 de abril de 2024

Hech 9, 26-31

Sal 21

1Jn 3, 18-24

Jn 15, 1-8

P. Eduardo Suanzes, msps

«Yo soy la vida, ustedes los sarmientos». Lo sabemos. En el Antiguo Testamento la vid o la viña era el símbolo del pueblo de Dios, de Israel. Ahora Jesús, en el Evangelio dice que la vid es él. Él es la vid verdadera, él es el verdadero pueblo de Dios formado por él y sus sarmientos. Por tanto, fíjense que está diciendo que no hay más pueblo de Dios que el que se construye a partir de él: fuera de él no hay pueblo de Dios. Eso sí, como en el Antiguo Testamento Dios era el que cuidaba de la vid, con Jesús también: la vid es asunto del Padre: «el Padre es el viñador».

El grupo de Jesús no es un gueto¹, no es un círculo cerrado: los sarmientos están destinados a expandirse, a dar fruto, todo miembro tiene una misión que cumplir, nadie está ocioso. El que no da fruto se queda fuera. Esta figura del sarmiento que se corta por infructuoso y se seca, y después es arrojado al fuego, no está indicando el infierno ni la condenación. Es una forma sencilla de decir que al margen de Cristo el hombre carece de sentido. Como los sarmientos secos que carecen de vida y no sirven sino para el fuego. Un sarmiento fuera de la vida, simplemente no tiene sentido.

Hay un detalle sugerente en esta imagen del sarmiento que no da fruto. Porque, en realidad se está queriendo decir que es el sarmiento el que no responde (por las razones que sean) a la vida que se le está comunicando con la savia de la vid. No da fruto porque no responde a la vida recibida de la vid. Ahí está el drama. Porque la unión con Jesús no es algo automático ni ritual: pide la decisión del hombre. Y no me refiero con esto a que el sarmiento ha de manifestarse explícitamente por Jesús: ¡Cuántas personas que no conocen a Jesús están más unidas a él que cualquiera de los que nos llamamos cristianos!. ¡Cuántas personas que abiertamente y honestamente no se declaran cristianos y son más cristianos en realidad que cualquiera de nosotros! Y lo son porque decididamente han optado por el ser humano. Baste con ello. Existen en el mundo personas así: personas que simplemente aman y se entregan a las necesidades de sus hermanos y que ni siquiera conocen a Jesús; pero Jesús sí que las conoce y las tiene bien atadas a él como Dios tenía a su pueblo atado a sí mismo como un cinturón de cuero amarrado estrechamente a la cintura.

A partir de ahora la relación de Jesús con los suyos no es la del Maestro con sus discípulos; tampoco es una mera intercomunicación de amistad ni responde a una complicidad por

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

sentirse identificados con un mensaje o una doctrina². Jesús está rompiendo con esos conceptos clásicos, porque no es una mera intercomunicación de amistad, por muy intensa que ella sea. La relación se sitúa en un aspecto todavía más vital, casi físico. Es una unión mística. Jesús quiere expresar una comunicación existencial, que expresamente la compara a la existente entre la suya y la del Padre. De ese calibre es la comunión que Jesús tiene con los suyos.

El Padre aparece cercano e íntimo. El Padre ha constituido a Jesús en fuente de vida, por eso él es la vid que transmite la vida a todos aquellos que se hallan en comunión con él. Estos son como los sarmientos que deben estar unidos a la vid si quieren que la savia circule por ellos. El Viñador (el Padre) es quien cuida de los sarmientos.

Después del «Yo soy el buen Pastor», en que hemos venido reflexionando en días pasados, ahora viene este «*Yo soy la vid y ustedes los sarmientos*». Que es un salto de calidad. Jesús lo es todo de tal manera que no solamente nos conoce, conduce, defiende y alimenta, como hace un Pastor con sus ovejas, sino que nos da su misma savia, su misma vida como la vid a los sarmientos. Y Jesús se las ingenia para comunicar esa vida suya a los que ni siquiera lo conocen, pero que están fuertemente unidos a la vid.

Así como el grano de trigo tiene que morir para producir fruto abundante, y la mujer ha de padecer para que nazca el hijo, también el sarmiento ha de ser limpiado. Es la condición constante del evangelio: morir para vivir; deshacernos del falso yo para que el auténtico emerja desde nuestro interior. Es la renuncia al propio interés, el desapego de la propia vida.

Por tanto, la viña o vid significan que se esperan frutos, que hay sarmientos que deben ser podados y otros arrancados; que los sarmientos se diferencian unos de otros. Esta vid de la que habla Jesús no necesita cuidado alguno, es perfecta en sí misma y de ella brota la fecundidad que vitaliza a sus sarmientos. La comunidad debe ser un grupo fértil, no muerto. Ya lo dice Jesús «*la gloria de mi Padre está en que den muchos frutos*».

“*Sin mí no pueden hacer nada*”, lo dice Jesús y lo sostiene. Esta palabra de Jesús provoca una de las razones más fuertes para ser optimistas, vivir felices, arriesgar la vida, aunar esfuerzos, compartir los bienes de la vida y el amor. No hay verdad más grande que esta.

² Cfr. SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ, OCD. *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 2001